a desafiarlo todo, a sacrificarlo todo en aras de obedeceros, entregarme a vos y seguiros. He suscitado en mi contra las más crueles pasiones, las más implacables; no me queda más protección que la vuestra, más asilo que vuestra habitación: ¿me la cerraríais, Alvaro? ¿Podrá decirse

que un caballero español haya tratado con tal rigor, con tal indignidad, a alguien que sacrificó por él un alma sensible, a un ser débil desprovisto de todo auxilio como no sea el vuestro; en una palabra, a una persona de mi sexo?

Retrocedí todo lo que me fue posible, para salir de esa situación enojosa; pero ella me abrazaba las rodillas y me seguía, apoyándose sobre las suyas: al fin, me encontré de espaldas a al pared.

—Levántate —le dije—, sin darte cuenta, me has enfrentado a mi juramento. Cuando mi madre me dio mi primera espada, me hizo jurar sobre la guarda que serviría a las mujeres durante toda mi vida, sin defraudar a una sola. Y pensar que eso me ha de ocurrir hoy...

—¡Pues bien, cruel! A título de lo que sea, permitidme que me quede en vuestra habitación.

—Lo acepto por la rareza del hecho, y por colmar la singularidad de mi aventura. Mira de arreglártelas de manera que ni te vea ni te oiga; a la primera palabra, al primer gesto capaces de inquietarme, hincharé el sonido de mi voz para preguntarte, yo también, *Che vuoi*?

Le doy la espalda y me acerco a mi cama para desvestirme.

—¿Os ayudo? —oígo que me dicen.

—No, soy militar y me valgo por mí mismo.

Y acto seguido me acuesto.